

fundirse los límites del país con los de la ciudad, y viceversa.

Salvo Borges (que en la certeza de su excepcionalidad y en el ejercicio de un capricho típicamente porteño quiso hacer de su obra el punto de peaje para la entera tradición literaria argentina), un escritor no tiene por qué verse en la necesidad de ser un arquitecto de la tradición ni un estratega especializado en la guerra de trincheras literarias.

Pertenecer o no pertenecer a la llamada tradición literaria argentina es una fatalidad o una perversión imaginada por Borges.

No pocos escritores argentinos han creído que ese argumento literario, que esa ficción borgeana —la descripción de una tradición literaria local y las estrategias para ingresar en esa tradición— son el principal legado de Borges, su mejor lección, y su mayor inteligencia.

El castigo ejemplar que Borges le ha infligido a la llamada tradición literaria argentina no es que después de Borges no se sepa cómo escribir a la sombra del nombre de Borges. (Esto tiene una respuesta tan simple como eficaz: no se trata de escribir después de Borges, al margen de Borges, o contra Borges; lo único que hay que hacer, si se quiere, es escribir con Borges). El castigo ejemplar es que no se sepa ni qué ni cómo escribir a la sombra de los efectos de la política de lecturas de Borges y que no pocos escritores argentinos hayan leído o lean hoy a Borges como algunos combatientes, años atrás, leían a Clausewitz.

«Un idioma no es una tradición, un modo de sentir la realidad. Un idioma es un arbitrario repertorio de símbolos».

El saber de una lengua se oculta en esa arbitrariedad, en ese punto ciego, mudo, de la lengua, y sólo se deja ver, o leer, como un error.

Escribir es escribir desde un error, y es corregir el error, o intentar corregirlo, abriendo así la posibilidad de un nuevo error y, en consecuencia, de una nueva corrección o de un nuevo intento de corrección, abriendo así la posibilidad de una obra que construya un sentido, o que intente construirlo, en la búsqueda o en la investigación del error. De esta manera, la política del error estaría configurada por una escritura errátil empeñada en una indefinida corrección del error.

En este sentido, por fin, es que un escritor puede seguir creyendo, entre otras cosas, en un verosímil de la utopía, puesto que la utopía no sólo es la matriz de un anhelo indefinido sino también una de las formas excelentes del error.

**Juan Martini**

## Duro oficio el exilio

**L**a memoria es sabia. El olvido permite atenuar los golpes, mezcla las imágenes, selecciona, impide el recuerdo minucioso, atempera dolores, facilita distancias. Más de dos décadas de vida se agolpan en puras sensaciones, en una historia a la cual uno se niega a volver. Y acumulo días para escribir esta nota autobiográfica. La demora. Aquí no hay bibliografía posible, no hay ayuda de fichas ni de archivos. Igual que los videntes que precisan tocar los objetos para ayudarse en una visualización, recurro a un viejo pasaporte. Un sello rojo demasiado entintado dice: «Aeropuerto de Ezeiza. Salida», y una fecha: «1/junio/1976». Y como en los viejos cines de la infancia, la historia —mi historia— proyecta fragmentos, fotogramas. En la página siguiente, en negro, se lee: «2

junio 1976. Madrid Barajas. Entrada». Era el comienzo de un exilio de siete años. Pero como en los *racconti* cinematográficos, la narración debería comenzar bastante antes.

Las posibilidades son infinitas, pero quizá podría recordar que entonces yo tenía 37 años y que a lo largo de mi vida —salvo brevísimos períodos— sólo había conocido gobiernos autoritarios. Las fotos de uniformados en las primeras planas de los diarios habían sido un hábito desde un día de la niñez en que con soldaditos de plomo copiaba las imágenes de un golpe militar que traían los periódicos. Era la noche del 4 de junio de 1943 y al día siguiente, como si fuera a un desfile, mi padre me llevó frente a la Casa de Gobierno, para ver a los soldados con uniformes, armas y correajes de combate. Ingresé en la primaria en los días del primer gobierno peronista y en plena adolescencia conocí los rigores y el sectarismo de la revolución libertadora. El 16 de junio de 1955, desde una azotea, pude ver cómo los aviones de la marina bombardeaban Buenos Aires y sembraban el terror. Las noticias de los fusilamientos del 56 me llegaron en una fiesta de quince años de una amiga. Estaba por publicar mi primer libro de poemas cuando derrocaron a Frondizi, y acababa de nacer mi tercer hijo cuando, otra vez, un golpe militar, el de Juan Carlos Onganía, que prometió perdurar veinte años, derrocó al doctor Arturo Illia, que para mí —como para casi toda la gente de mi generación— había constituido la primera precaria experiencia de un gobierno democrático.

En marzo de 1973, tras siete años de dictadura y con la aureola de dieciocho de proscripción y enfrentamientos con el régimen militar, el peronismo volvió al poder. Quienes no habíamos logrado una respuesta en los planteamientos de la izquierda tradicional, nos sumamos a sus filas a pesar de la reticencia que nos provocaba su trayectoria en el gobierno. Pensábamos entonces que esa era nuestra única posibilidad real de acercarnos al movimiento obrero.

El 25 de mayo, una multitud despidió a los uniformados al ingenuo grito de «Se van, se van, y nunca volverán». Esa noche, junto con otros miles de personas, presencié cómo se abrían las puertas de la cárcel de Devoto para que los presos políticos alcanzados por la amnistía aprobada horas antes salieran en libertad. Vi que la ma-

yoría de ellos (sin saludar a los familiares que los esperaban en la calle) se encolumnaban militarmente. Distinguí tres grupos: los montoneros, que se instalaron en dos o tres autobuses, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), muchos de cuyos integrantes cubrían sus cabezas con pasamontañas para impedir ser identificados, y un pequeño sector de chinoístas, uniformados con camisetas amarillas. Y pese a la explosión de alegría que se vivía en la calle, comprendí en ese momento que la violencia habría de continuar más allá de que hubiera un gobierno constitucional.

Entre 1973 y 1976, la Argentina se transformó en un campo de batalla entre la ultraderecha y la ultraizquierda. El primer enfrentamiento armado se produjo en los alrededores del aeropuerto de Ezeiza: el mismo día del arribo de Perón a la Argentina se entabló un combate por la ocupación del palco desde donde el ex presidente debía hablar a una multitud de más de un millón de personas: el resultado fueron varios cientos de muertos y heridos. A partir de esa tarde trágica, la dirigencia sindical dio piedra libre a sus matones, la prepotencia se convirtió en una forma de vida y un ejército de guardaespaldas se adueñó del aparato del Estado.

José López Rega, un personaje siniestro —ligado a la Logia italiana P2, ex cabo de la policía, astrólogo y practicante de ritos esotéricos— primero como secretario privado de Perón, luego como consejero y hombre de confianza de su mujer, la insólita Estela Martínez (que habría de ser presidente de la República), y finalmente como ministro de Bienestar Social, fue adueñándose del poder. Para sostenerlo, López Rega fundó la Alianza Anticomunista Argentina, conocida como las «Tres A», organización paramilitar destinada al asesinato de dirigentes de izquierda. Sus integrantes fueron reclutados entre los mismos matones que luego serían utilizados por la dictadura militar a partir de 1976.

Las Tres A sembraron el terror, cualquier persona de izquierda o simplemente democrática pasó a ser sospechosa. Era una pesadilla cotidiana en la que toda irracionalidad había comenzado a resultarnos normal: la ostentación de armas, las noticias de asesinatos, las denuncias de torturas, los secuestros, los atentados terroristas y la facilidad con que se eliminaba a los opositores políticos. Todos los argentinos éramos sospechosos en potencia, podíamos ser acusados por los motivos más

triviales. No compartir la ideología de violencia parapolicial hacía que los grupos de derecha tildaran de trotskista o comunista a todo aquel que no militara en la derecha, y el calificativo de marxista era asestado contra cualquier demócrata, compartiera o no las tesis de Carlos Marx. Desde el otro extremo, cuestionar el terrorismo o los secuestros convertían a una persona en fascista. Aquellos que no se hubieran unido a un grupo guerrillero o al menos no manifestaran públicamente su apoyo a las organizaciones armadas, resultaban para los más tolerantes sólo ingenuos, y traidores a la causa del proletariado para los más radicalizados. Desgraciadamente, a este maniqueísmo se sumaron también muchos intelectuales. Era el primer paso de la puesta en práctica de la frase macabra del general Millán Astray: «¡Viva la muerte!».

Al comenzar la nota pensaba acumular algunas anécdotas personales para señalar el clima que se vivía en aquellos días, pero siento que ante la tortura, la desaparición y la muerte de tantos compatriotas, las censuras, amenazas y prohibiciones de mis experiencias personales sonarían a trivialidades, aunque en su momento haya sentido que me movía en un precario filo de navaja. Lo grave del horror —se sabe— es que pueda transformarse en hábito cotidiano. Y nos habíamos acostumbrado a convivir con la muerte. El método instaurado por la violencia había logrado que todos pudiéramos sentirnos víctimas potenciales, sospechosos y sospechados; que la desconfianza se hubiera erigido en sistema y que pensáramos que nadie estaba a salvo. Pero aún faltaba lo peor.

El 24 de marzo de 1976 se produjo el golpe militar, y desde esa fecha la represión ideológica instaurada por las bandas parapoliciales se institucionalizó. Miembros de las Fuerzas Armadas, con o sin uniforme, se presentaban en mitad de la noche en las casas de sospechosos de oposición al nuevo régimen, y con total impunidad se llevaban detenidas a veces a familias enteras. Los que se atrevían a resistir eran eliminados allí mismo; el resto pasó a integrar las largas listas de desaparecidos. Durante el día, las requisas se efectuaban cerrando una calle y obligando a descender a pasajeros de coches y autobuses en impresionantes operativos que terminaban indefectiblemente con algún detenido. A todas horas las sirenas de los Ford Falcon verdes sin matrícula utilizados por las fuerzas de represión aterrorizaban la ciudad

con su carga de tortura y de muerte. El Poder Judicial se convirtió en cómplice, y la mayoría de los jueces se inhibían en los casos de *habeas corpus*. Para muchos compatriotas —más de los que puede recordarse con los años— la conciencia quedaba a salvo con una frase: «¡Por algo será!», afirmación que a la llegada de la democracia fue suplida por la exculpatoria: «Nosotros no sabíamos nada». La misma que utilizaron los alemanes después de Nüremberg.

Amenazado constantemente en mi casa y en mi oficina desde 1974 (incluso la amenaza se extendió a mi hijo de ocho años, a quien le aseguraron por teléfono que si no me encontraban a mí lo iban a matar a él, a causa de un artículo contra la violencia que publiqué en un semanario), prohibido en todas las radios y canales de televisión, al día siguiente del golpe fui dejado cesante en mi trabajo y me incluyeron en una lista de personas supuestamente peligrosas para la seguridad del Estado. No debía serlo tanto, ya que hasta fines de mayo pude permanecer en la Argentina sin que nadie se acordara de mi existencia. Pero en esos días, una persona vinculada con sectores castrenses me avisó que debía irme rápidamente del país. Pedí dinero prestado para el pasaje, junté la poca ropa que permiten los viajes aéreos, apreté en el bolso de mano algunos libros: las obras completas de Borges, las de Neruda, una Biblia, *Cien años de soledad*, mis propios títulos y los dos tomos de las obras de Kafka (entonces no me di cuenta, pero ahora pienso que esta última fue una elección lógica) y comencé un exilio que habría de durar siete años. El exilio propio de quienes por no pertenecer a ninguna organización militante llegamos al extranjero sin apoyo ni cobertura de ninguna especie.

Aterricé en Barajas con doscientos dólares y la sensación de extrañeza que provoca toda emigración forzada. Los primeros días me reunía con otros argentinos que arribaban por cientos a Madrid. Me dominaba una rara sensación de dolor, de irrealidad, me sentía protagonista de un sueño angustioso. Las noticias que llegaban del otro lado del Atlántico eran cada vez más dramáticas. Se acumulaban nombres de torturados y desaparecidos y las conversaciones giraban alrededor de unos pocos temas: las dificultades para encontrar trabajo, el momento en que cada uno pudiera reunirse otra vez con su fami-